

Mario Anteo

MIER EN EL PLANETA OVEJA

Monterrey, NL
2009

© Mario Anteo

*Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin previa autorización escrita
por parte de su autor*

Mier en el planeta oveja

MIER EN EL PLANETA OVEJA

Mario Anteo

El hombre bigotón que gesticula junto a mi jaula de cristal —una vez más heme en prisión—, con voz de pregonero dice al auditorio que soy un réprobo fraile torturado por la Inquisición, miren el rictus de su rostro reseco, sus huesudas manos erizadas, los guiñapos de su hábito raído, así me describe ante la gente que en las gradas azora los ojos y se remueve en busca de una mejor visión de mi deplorable humanidad.

Estoy en una celda de cristal colocada sobre una tarima. Soy un pellejo en pie que no dobla los tendones, una aguja disecada en la eternidad. Mi arrogante sonrisa ha devenido, a fuer de siglos, la mueca de un mártir que ofrece la otra mejilla. Aquí no hay vida ni muerte, ni adentro ni afuera, sólo una ausencia donde permanezco de pie. Qué soledad más espantosa; cada mirada es un picotazo en el hígado de mi orgullo menoscabado.

A mi lado el hombre bigotón sigue parloteando. Viste corbata de moño a rayas y unos inmensos pantalones naranja sostenidos por unos tirantes dorados. Su nariz aguilena proyecta en las paredes la sombra de una ganzúa.

En la grada del fondo distingo un rostro repugnante, húmeda boca entreabierta y ojos en éxtasis, orejas puntiagudas y papada, que desespera por zampar mis entrañas. Es como la crema del populacho. ¿Y para esta masa podré mi vida en prisión?

En todas partes topé la viscosidad, el plebeyo y ruin gesto, la cobardía acuchillándome por la espalda, los mezquinos intereses. No podía la gentuza ver una aurora boreal sin alucinar el Juicio Final. Definitivamente, el populacho es una hiedra de cien cabezas que, seducida con cuentas y espejitos, deviene dócil martillo. ¿Y por esta bazofia empuñé las armas y las letras? ¿Por ella dos décadas de exilio?

Ya en mi adolescencia padecí la chusma que echa lumbre por los ojos y se retuerce ante el brillo de los héroes, y en manada ataca por la espalda. Su dentellada infame se hincó en mi lomo hace muchos años, cuando prediqué un sermón en la Colegiata de Guadalupe.

Lo único que dije entonces fue que los españoles no pudieron traernos el evangelio que nos acompaña desde que Jesús mandó a los apóstoles a pregonar su palabra por el mundo. Intentaba yo así despabilar los rostros aburridos por la consabida historia de Juan Diego y la Virgen. Creí que la polémica sería provechosa y rejuvenecería al pueblo; ansiaba un debate en el templo de la razón y el sentido común. Después de todo, sólo barajé etimologías como *coatl*, *tomé* y *mex-ico*, a fin de excitar una discusión que afianzara la tradición del Tepeyac.

Dicen que me faltó suspicacia en la vida y es cierto. Nunca pude persuadirme de que los hombres hicieran el mal por hacer el mal; creí que tarde o temprano pagarían la inexorable cuenta debida a Dios. Ahora sé que fui un idiota por no escapar de mi primera prisión.

De inmediato, tras mi sermón, el arzobispo Haro ordenó al rebaño de curas disponer del púlpito en mi contra. Les dijo que yo era el diablo, ¡destrócenlo, ha robado la capa del tata Juan Diego! ¡Osó contra la virgen morena! Yo devoré en silencio mi descrédito, el odio y las imprecaciones, y para evitar que me despedazara la Bestia no opuse otro recurso que mantenerme recluso en mi convento.

En fin, fui el carcelero de mi primera prisión o, mejor dicho, de la guarida donde me escondí. ¡Un doctor en teología y lector de filosofía, encerrado en una celda del convento de Santo Domingo!

Sin ser visto, salía de noche a tomar el aire. Recuerdo la noche de Navidad luego del sermón: oculto tras una parra, despejé una rama y me asomé al claro de enfrente. Divisé a los novicios festejando el nacimiento de Jesús, mientras oculto en la maleza rumiaba yo mi soledad. Para no llorar, apreté un puño hasta asfixiar una hoja que casualmente se hallaba en mi mano, y el olor agridulce de la hoja aún me acompaña.

Luego se presentó el padre superior a pedirme la llave de la celda, y yo le advertí que no podía arrestar a un religioso tan distinguido como yo, noble y caballero hijodalgo, por mi grado de doctor y mi abolengo remontado a los duques de Granada y Altamira, y además porque soy descendiente de los conquistadores del Nuevo Reyno de León.

Pero la orden de arresto venía del arzobispo, y por respeto —pero bajo protesta— entregué la llave. El padre seguramente ignoraba que la puerta, cuya chapa de tornillos se abría por dentro, me permitía huir fácilmente. No escapé porque aún creía en la justicia.

Días después se publicó en los pórticos de las iglesias un edicto que, despojándome del título de doctor, me condenaba a diez años de destierro en el convento de Las Caldas, en España. No me hizo impresión alguna, mi ánimo estaba insensible. Cual hombre de honor, recibí el puñal de muerte.

Y tras permanecer dos meses en una celda del castillo de Ulúa, un día de Corpus fui embarcado en la fragata *La Nueva Empresa*. Así llegué a ese país llamado España, que se cuenta en Europa por un error de geografía.

Por supuesto, en la Península se me prohibió predicar, lo cual fue mi tiro de gracia, pues mi sobrevivencia ha dependido siempre de mi facundia. Mi voz me ha mantenido erguido cien años.

Aún hoy, en esta postrera celda de cristal, mientras el hombre de la tarima mantiene hipnotizada a la gente con su atroz relato donde aparezco devorado por la Inquisición, aún hoy me niego a doblar las rodillas, ante nadie me humillaré, y si los cielos me han castigado con la eternidad, pues venga la eternidad, algo se me ocurrirá para escapar de la vida y descansar al fin.

Con boca húmeda e histriónicos aspavientos, el hombre excita la piedad del público, diciendo que fui víctima del potro, el cepo y demás aparatos de la Inquisición. Parlotea con voz engolada mientras agita su

melena canosa y destellan las canicas de sus ojos ratunos. Reconoce que, si bien pequé de sensualista, no merecía tan horrorosa muerte.

Azuzando el morbo con una estratégica pausa, regodeándose mientras frota las manos, confiesa en detalle mi pecado. Dice que merced a mis dotes políticas logré que ingresara al convento una hermana ursulina disfrazada de fraile, a la que sodomizaba por las noches en los tenebrosos sótanos. Dice que nuestro abominable amor nos despertó un apetito tal que, sin temor al juicio de Dios, nos entregamos al desenfreno y la concupiscencia, y que una noche de tormenta fuimos desposados por Lucifer en un sangriento altar. ¡Yo, el único prelado que ha cumplido el voto de castidad!

Invitando al auditorio a rezar por mi descanso eterno, el hombre cierra la función, el circo ha concluido. Excitada, la gente intercambia impresiones mientras se encamina a la salida. Distingo al fondo de la sala una obscena frase: "¡Pero si todavía tiene carnita en la cara!"

Cuando se vacía la sala, un hombre obeso entra por el pasillo central agitando una caja metálica, y con acento bonaerense dice que soy una mina de oro. Agotado por las mentiras de su relato, el hombre bigotón se esfuerza por sonreírle mientras con un pañuelo seca el sudor de la frente. Luego el gordo se retira y el otro me ve a los ojos con lánguida mirada, lo mismo que a un estorbo, un contratiempo que se cruzó en su vida.

Me gustaría que apagara las luces y se fuera, me dejara descansar, pues la función ha sido larga y desfallezco. ¡Dios, qué cansado estoy! Me pesan los párpados como yunques. El mundo me ha exprimido y aún ansía mis tuétanos. ¿Por qué este acoso de perros? ¿Por qué sacarme de mi sepulcro, donde tras unos "santos óleos" merecidos descansaba de mis prisiones? Toda mi vida luché por la justicia y bien merecía la muerte.

De repente, el bigotón me dice a bocajarro:

—No fue por el bien de este público morboso por quien padeciste tanto. Sé sincero, ¿en verdad desconoces la razón de tu condena? Con la mano en el corazón, atrévete a decir que ignoras tu pecado.

Definitivamente, mi vicio son los debates. Respondo por puro instinto:

—En efecto, ignoro mi falta. Mi vida fue sólo la constante lucha por la libertad de expresión. Fui un fraile que, por falta de malicia, creyó que hablando se entiende la gente.

El hombre pasea por la tarima con las manos cruzadas a la espalda. De repente dice:

—Te encuentras en la celda de los acusados. Prepárate para una noche de intenso interrogatorio. —Se detiene, me encara y añade—: Yo también llamo pan al pan y digo que tus discursos posteriores al sermón fueron sólo la venganza de un arrogante corazón que, tras veinte años de penurias, aún no podía sanar del oprobio de la Colegiata.

—¿Para qué más teatro? Déjame descansar —me quejo sin entender qué rayos se trae entre manos.

—Mañana domingo no hay función. Desvelémonos. Toda tu vida dijiste que el verbo en buena lid es la base del progreso. Esta noche tendrás ocasión de desplegar tus dotes oratorias.

—¿De qué rayos hablas? Vamos, apaga la luz y márchate.

Atusando las tenazas de su mostacho, dice:

—Se te acusa de cometer el peor pecado, la soberbia.

—¿Qué mosca te picó? Déjame dormir. Por hoy fue suficiente.

Repentinamente iracundo, exclama:

—¡Esta noche dará inicio el Juicio Final! Prepara tu defensa, César arrogante. —Pega el rostro al cristal de mi jaula—. Creíste que la creación del hombre fue el desatinado experimento de un dios depravado, ¿eh?

Así el hombre me orilla a continuar en la arena de los alegatos. Rebatir, contraatacar, apelar leyes, tal fue mi vida. Dale que dale como burro de molienda, los despachos y edictos, actas y libelos que van y vienen, mi peregrinar por Madrid, París, Londres, Lisboa, como si mi envidia fuera inagotable.

Pues sea, recobremos el placer de hilvanar frases y respondamos al hombre. Después de todo, polemizar es la sal de la vida. La sedosa semilla en la boca, la aceitada articulación de las sílabas, vamos, expulsar el torrente, vaciarnos.

—¿Cómo no ser arrogante cuando el amor propio es tu tabla de salvación? —Y de repente ya estoy en tono, hablando de corrido—: Acosado por el clero y la milicia, vilipendiado por la plebe, rechazado por mis amigos que me desconocieron como san Pedro a Jesús, debí sostener mi dignidad a todo trance, y para ello no hubo más opción que la soberbia. No hay cosa más embarazada que un hombre sin dinero y con vergüenza.

—Cometiste el pecado más abominable. Por él muchos griegos se perdieron.

—¿Y qué hacer ante cien años de escarnio sino mantener el orgullo? No me vencerá ni la vergüenza de ser el espectáculo principal de tu antro.

—Tu castigo será un viaje eterno en el circense carro de la ignominia —me dice con voz platónica.

—Me escaparé. Verás que mañana no estaré aquí.

—Tengo órdenes de vigilarte estrechamente. Sin tus huesos el circo se iría a la ruina.

—No hay peor esclavo que el ignorante de su condición. Mírate, me das asco con tus mentiras sobre mi vida, eres un pelele del argentino de la taquilla. Te dará una patada en el trasero y se llevará las ganancias.

—Olvida al argentino. Ahora quien importa eres tú.

—Los hombres, mientras más se arrastran ante los superiores, más altaneros y crueles son con los de abajo —digo aceptando mi condición de momia en manos de su verdugo. Y añadido—: ¿En verdad crees esas patrañas que le cuentas a la gente?

—¿Niegas que te encarceló la Inquisición?

—No lo niego, pero en ninguna otra prisión me trataron mejor.

—Sucedió tras tu exilio europeo, ¿no? —dice incitándome a desembuchar el relato de mis andanzas, y yo cedo.

Le digo que con el ejército de Mina regresé a Anáhuac por Soto la Marina. Venía en son de guerra, y si antes mis armas habían sido las letras, ahora disponía de pólvora real. Sabía que veinte millones de hombres que deseaban ser libres lo serían a pesar del mundo entero, pues obstinarse en contra de la emancipación es forzar la naturaleza. Es ley que el adolescente se independice de sus padres, y por alguna razón Dios insertó un océano entre España y Anáhuac.

El hombre me interrumpe:

—¡Los títulos que te adjudicaste al lanzar tu proclama en la iglesia de Soto la Marina! No bien subiste al púlpito y ya estabas enumerando tus títulos: don Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, natural de Monterrey, doctor en Sagrada Teología por la Universidad de México, protonotario apostólico, prelado doméstico del Sumo Pontífice, vicario general de la División del general Xavier de Mina, auxiliar de la República Mexicana... Perdiste tanto tiempo presentando tus credenciales, que el enemigo los sorprendió cuando aún paseabas tu ego.

No sé por qué intento convencer al hombre de las razones que me avalaron para ostentar mis numerosos títulos. Le digo que necesitaba ganarme al pueblo, convencerlo de que no éramos una partida de rufianes sino hombres instruidos. Sólo así podría expresar lo que nadie había dicho jamás: que ningún hombre nace con corona y cetro, que era tiempo de enfrentar al sanguinario Arredondo y establecer una diputación en las Provincias Internas de Oriente, que debíamos abrir los puertos a los barcos de vapor, calentar la frontera norteamericana, cerrar la vetusta ruta española.

—Contradictoria tu simpatía por los Estados Unidos. Cuando triunfó la Independencia, en el Congreso advertiste sobre el peligro de que los industriales güeros nos arrebataran Texas.

—No hay contradicción. Aún veo el peligro.

—Bueno, tenía razón tu pensamiento. Texas se perdió.

—¡Qué! —respingo.

—También la Alta California y Nuevo México.

—¿O sea que se cumplió mi profecía cuando en el Congreso pronostiqué la ruina si se votaba por un gobierno federal sin restricciones?

—Punto por punto. Como si hubieras visto el futuro en una bola de cristal.

—Definitivamente, México no tiene remedio. Es hombre al agua.

Acerca un banco, se sienta y dice:

—Pero continúa tu relato. Tengo entendido que Mina marchó a Guanajuato para unirse a los insurgentes, y tú permaneciste en Soto la Marina. ¿Por qué no lo acompañaste?

—Quería estar cerca de Monterrey, liberar cuanto antes las Provincias Internas de Oriente.

—¡Pero si apenas contabas con cincuenta hombres!

—Cierto, Arredondo vino de Monterrey con dos mil efectivos y diecisiete cañones, mientras en el fuerte que construimos a las carreras aguardábamos cuarenta hombres. Cuando al fin, faltos de agua y hambrientos, tras un intenso cañoneo, nos rendimos, Arredondo nos preguntó por el resto de la guarnición. Le dijimos que éramos la única defensa, y le dio coraje o vergüenza; el caso es que no respetó las condiciones de la rendición.

—Padeciste entonces la peor humillación, ¿no? Arredondo te envió engrillado a México, sobre un asno y con una escolta de veinticinco hombres.

No puedo recordar el evento sin temblar de ira y vergüenza. ¡Mi escolta a caballo y yo sobre un ridículo burro! Nos deteníamos un rato en las plazas de los pueblos, a fin de que la gente disfrutara mi vergonzoso espectáculo. Era tiempo de lluvias, cruzamos ríos caudalosos, voladeros, fríos páramos. Caí seis veces del asno, y en la séptima me quebré el brazo derecho.

Ardiendo de fiebre y con el brazo sin recibir atención médica, por fin llegamos a México, y de inmediato me enviaron a la cárcel de la Inquisición. Por fortuna, entonces el Santo Oficio había mudado métodos; su primitiva severidad se rebajó muchísimo, y más se ocupaba de política que de religión. Ello no por humanidad, sino porque estaba a punto de morir de vieja tan espantosa institución. Incluso un padre me brindó papel y tinta, y con el brazo tullido pude escribir mi apología en los tres años de mi prisión.

—Esto de tus cautiverios es un lío —dice el bigotón—. En total, ¿cuántas veces estuviste en prisión?

Le resumo así mi vida: tras mi primera cárcel en el convento de Santo Domingo por causa de mi sermón, la segunda se prolongó dos meses en el castillo de Ulúa. De la tercera, en el convento de Las Caladas, escapé pero fui reaprendido e instalado en la cuarta, en el convento de San Pablo de Burgos. De aquí me enviaron a la quinta en el convento de San Francisco, de donde fui transferido a Cádiz. En el camino logré fugarme, pero de nuevo me echan el guante y me envían a mi sexta en la casa de los Toribios en Sevilla. Me escapo, dan conmigo una vez más, y voy a la séptima de nuevo con los Toribios. Volví a fugarme y ahora logro llegar a Francia por Bayona, donde me uno a la causa revolucionaria, con tan mala suerte que me encierran en mi octava prisión, de donde por supuesto escapé. La novena me agasajó ya en Anáhuac, en las celdas de la Inquisición, y como ya dije, jamás me trataron mejor.

Me interrumpo para preguntarle al hombre:

—¿De dónde sacaste esas patrañas que cuentas a la gente? Medio mundo me ha torturado, pero jamás la Inquisición.

—Continúa, ¿fuiste apresado más veces?

—De la novena cárcel marché a la décima en la cárcel de Corte y, resueltos mis carceleros a deportarme de nuevo, me transfieren a la once en el castillo de Ulúa, y de aquí a la doce en la Habana. Me fugo y huyo a los Estados Unidos, y al año me entero de la Independencia de México, regreso para recibir la trece de nuevo en Ulúa, que era el único reducto en manos españolas.

—Fue entonces que escribiste el discurso sobre la República de Anáhuac, ¿no?

—En efecto. Desde mi celda en Ulúa supe que el México independiente me había nombrado diputado por Nuevo León. Creí que al cabo la verdad se impondría. Total, no bien me libera el naciente Congreso, digo mi célebre discurso.

—En él te oponías a la república federada.

—A la fecha sostengo que sólo un gobierno fuerte, libre de caciquismos locales, podrá detener el río de sangre que nos baña desde Cortés. En fin, me opongo a una república de estados soberanos e independientes.

—Tu idea no fue muy popular. Pareció como si desearas otro dictador reinando desde el centro del imperio.

—Pues qué, ¿no hay otro modo de federarnos? Estando apenas en los albores, necesitamos una federación moderada, sin la caterva de reyezuelos provincianos. Ya después, unidos como el hierro, y progresando en la carrera de la libertad, sin peligro soltaremos las andaderas de la infancia política, y llegaremos a la perfección social.

El bigotón aplaude:

—¡Bravo! ¡Excelente! Sin embargo, no te favoreció la votación del Congreso.

—¡Cobardes diputados! Verdaderamente domina en nuestra América el planeta Oveja. Por cobardía permitimos que Iturbide disolviera el Congreso.

—Lo cual dio pie a tu decimocuarta prisión en el convento de Santo Domingo, ¿no?

—Sí, Iturbide me propinó una cárcel más, pero incluso de esa escapé. Por desgracia fui reaprendido y así disfruté mi decimoquinto cautiverio, esta vez en la cárcel de Corte. De aquí, en 1823, me transfirieron a la dieciséis en la cárcel de la Inquisición, ya visitada en la décima, donde fui liberado por Santa Anna.

—Y cuando Santa Anna restituyó el Congreso, pediste que no se le otorgara pensión alguna a Iturbide. Dijiste que ya era bastante dejarlo con vida. Todo mundo te aplaudió y, sin embargo, ¿qué hicieron los diputados? Le asignaron veinticinco mil pesos al déspota, y el colmo: en caso de muerte, su familia tendría derecho a una pensión de ocho mil pesos.

Me sorprende que el hombre sepa estas cosas. Le digo:

—Yo creía en la democracia del Congreso, y acepté el estúpido fallo. Pero la votación que más me dolió fue la referente al nombre de

la república. Propuse República de Anáhuac, pero una vez más, no obstante mi elocuencia, fui derrotado.

—Extraño, ¿no te parece? El hombre más respetado en el Congreso, el más ilustre, no convencía a nadie. ¿No será que desde entonces se te consideraba un monumento, un símbolo inerte? Como esos ancianos venerables que son amados y se les apapacha, pero nadie obedece.

—¿Pero no me dejarás en paz? Hasta los animales de tu circo tienen derecho a descansar.

—Tu herejía consistió en no ofrecer jamás la otra mejilla —declara el hombre volviendo al tono anterior, cínico e imperativo, con el que comenzó el interrogatorio—. Muy ufano de tu ristra de títulos nobiliarios, tu vanidad llegó al colmo la vez que, vestido de arzobispo, subiste al estrado del Congreso.

—Me presenté vestido de arzobispo porque soy arzobispo de Baltimore.

—Te precias de amar sólo la verdad y ahora mientes. En ninguna parte consta que fueras nombrado en Roma. Repugna advertir al pie de las cartas que enviabas a Monterrey tu firma: “Servando, Arzobispo de Baltimore”.

—Viví huyendo y no podía llevar encima todas mis credenciales y títulos.

El hombre camina alrededor de mi jaula, mientras dice:

—Y cuando recibiste los santos óleos, quisiste que la ceremonia fuera un acontecimiento nacional.

—Y lo fue. El presidente Victoria me asignó una habitación en Palacio Nacional, donde viví mis últimos tres años de vida. Tres años de paz, a cambio de treinta de persecuciones. Y sí, puedo decir que entonces fui el hombre más popular de México.

—Platica sobre tu muerte —me anima el hombre sentándose de nuevo, y no sé si habla en serio o aún ironiza—. ¡Fue toda una apoteosis!

Le digo que a fines de 1827 se agravó una dolencia de mis tres entrañas más nobles, y supe que el fin se acercaba. Entonces subí a mi coche y personalmente invité a mis innumerables amigos para que al día siguiente asistieran a mi “extrema unción”. Así fue como, ante un selecto grupo que incluía al presidente Victoria, después de protestar solemnemente mi fe cristiana y recibir una salva de aplausos y las notas de una banda militar, recibí el sagrado viático de manos del ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

—¡Ni siquiera entonces te ahorraste tus discursos! Volviste a arremeter contra quienes te acusaban de jacobino.

—Morí creyendo que la historia por fin se haría cargo de mí. ¡Qué chasco! Me han despertado, me dicen: “¿Arriba, holgazán, hay que ganar el pan!”

En busca de una explicación, le pregunto al hombre:

—¿Pero qué sucedió? ¿Cómo llegué aquí después de muerto?

—Te sepultaron en el convento de Santo Domingo.

—¡Vaya! Precisamente mi primera y última prisión. Como cerrar el ciclo de la vida.

—Luego, en 1861, por efecto de las leyes de Reforma, fueron expropiados los bienes eclesiásticos, incluyendo tu sepulcro.

—¿Qué dices? ¿Leyes de Reforma?

—Ahora el Estado y la Iglesia son independientes. El matrimonio es un contrato civil, y ninguna institución religiosa puede adquirir bienes raíces.

—¿Quién decretó esa ley?

—Don Benito Juárez.

—¿O sea que al cabo fue vencido el clero?

—Sí, sus bienes fueron expropiados y se secularizaron los cementerios. De esta manera te quedaste sin sepulcro.

—¡Qué espanto!

—Las momias de Santo Domingo fueron amontonadas en la entrada del convento. La tuya fue comprada por el argentino que vino hace rato y se la llevó a Buenos Aires. ¡Te convirtió en el platillo principal de su circo! A mí me contrató para presentarte. ¡Cinco veces al día repito tu horrible muerte a manos de la Inquisición!

—¡Y dale con la Inquisición!

—Considera que debo aderezar mi relato, pues no obstante que tu vida fue una novela, careció del ingrediente más popular. Tu vida fue muy interesante, pero le faltó el elemento que atrapa a las masas.

—¿Y cuál es ese ingrediente?

—Eros.

Cierto, siempre guardé los votos de castidad. Jamás me entregué a los brazos de mujer u hombre alguno. La sensualidad la expulsé de mi vida, no puedo amar sino arañitas, gatos, cosas así. Me dice el hombre:

—Y por eso inventé la historia del monje libidinoso.

—¡Qué destino el mío! Siempre a merced de la canalla.

—¿Me creerías si te digo que el argentino adquirió tu momia sin saber a quién pertenecía? La compró porque le pareció la mejor conservada y porque, estando de pie, su exhibición sería más espectacular.

—Pero tú si sabes quién soy.

—Se lo dije, le expliqué que en tu caso la realidad superaba toda fantasía y no había necesidad de mentir. Pero él quería la sal del sexo y me pidió que inventara una historia con pecado carnal y Santo Oficio. Yo había leído una novela prohibida y de ahí saqué la historia.

—¿Y ahora qué?

—¿Qué de qué?

—Qué con esta charada de juicio.

Ahí está junto a la tarima, yendo de aquí a allá con las manos cruzadas a la espalda. Proyectada por los candelabros, su sombra se extiende en el graderío. De repente recobra el papel de juez y declara.

—¡Su majestad el doctor don Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, diácono doméstico de Su Santidad y primer traductor de la

Atala de Chateaubriand, lector de filosofía con licencia para leer todos los libros prohibidos! Te despediste del mundo con una pompa propia de los dioses, en una apoteosis que hizo palidecer los funerales de los Habsburgos. ¡Y ahora, fingiendo amnesia, te sorprende este castigo de rodar eternamente en un circo! ¡Tú que fuiste un payaso!

—¡Venga el fallo! ¿Soy o no culpable?

El hombre ensañado:

—¡Culpable! ¡Culpable!

—En efecto, fui un engreído fraile. ¿Pero cómo no ser arrogantes cuando te han golpeado tanto? ¿Qué queda entonces sino el orgullo y la frente en alto?

Sin escucharme ni dejar de gritar “¡culpable!”, mi verdugo es absorbido por un remolino de polvo, y aún escucho a lo lejos la ardiente palabra que sale de su boca, mientras desaparece en las alturas.

Estoy solo en mi celda de cristal, enfrente la profunda noche. Giro la perilla, la puerta se abre. Ahí afuera está el horror. Por primera vez en mi vida tengo miedo.

¿A qué huele? Es un aroma familiar que estoy por identificar, un olor a silencio húmedo y oscuro. Aspiro el aroma y entonces, en los trasfondos de mi persistente ser, distingo a mi madre en Monterrey, me dice adiós desde la puerta de la casa, mientras yo me dirijo al Seminario Conciliar para probar suerte en la escuela de la vida.

¡Dios, por qué nunca regresé a casa! ¿Por qué no escuché al cerro de la Silla cuando me decía siéntate y descansa, no vale la pena el viaje, la verdad jamás triunfará, en todos lados la estúpida mueca del gran circo del mundo?